

EL COLEGIO DE JESUITAS DE SEGURA DE LA SIERRA

GENARO NAVARRO
Consejero del Instituto de Estudios Giennenses

La Historia manuscrita del colegio de jesuitas de Segura de la Sierra, tan afanosa como infructuosamente buscada por nosotros durante tanto tiempo, no hace muchos años fue hallada por el investigador murciano don Manuel Arnaldos, en el Archivo de Alcalá de Henares. El señor Arnaldos tuvo la gentileza de donar al Ayuntamiento una copia literal del aludido códice y a nosotros el texto impreso del Capítulo XVII de la obra de Rodríguez Gutiérrez «Bartolomé de Bustamante y la Arquitectura Jesuítica». Se trata de un interesante estudio sobre la fundación del colegio de Segura, apoyado en la predicha Historia.

Contienen, ambos documentos, curiosos datos y noticias sobre las vicisitudes del colegio e iglesia de jesuitas que hubo en este pueblo hasta la disolución de la Compañía, bajo el reinado de Carlos III.

Del último de dichos trabajos, extractamos lo siguiente:

En una de sus correrías apostólicas acertó a pasar por Segura el padre Núñez de Vargas, discípulo del beato Juan de Avila, hospedándose en casa de Cristóbal Rodríguez de Moya, rico hacendado del lugar, dedicado a la explotación de ganados y lanas y que era familiar del Santo Oficio. Núñez de Vargas sugirió a su anfitrión que con su cuantiosa fortuna fundase un colegio regentado por los jesuitas, como los más capacitados educadores, al par que ayudarían «espiritualmente al abandonado vecindario».

Aceptada en principio la idea por Rodríguez de Moya y mientras maduraba el proyecto, llegó a Segura un franciscano amigo suyo, quien le habló con gran admiración y elogio de la que más tarde sería Santa Teresa de Jesús, proponiendo al rico ganadero la edificación de un mo-

nasterio carmelitano al que podrían acogerse sus dos hijas, «lo mismo que otras jóvenes del pueblo, que habían formado entre ellas un auténtico beaterio». Informada la madre Teresa por el franciscano, escribió a Rodríguez de Moya congratulándose de su resolución de fundar un monasterio de su Orden, pero el acaudalado ganadero segureño no estaba dispuesto a costear las dos fundaciones y una nueva visita de Núñez de Vargas y la intervención del doctor Bernardino de Carleval, lector de teología en la Universidad de Baeza, acabaron decidiéndolo a favor de la Compañía.

La carta de Santa Teresa, que se inserta en la Historia Manuscrita, ha sido tachada de apócrifa por el padre Silverio de Santa Teresa, pero el P. E. Espert sostiene su autenticidad en su «Contribución al epistolario de Santa Teresa, publicado en la Revista *Razón y Fé* (1945), y con muy sólidas razones afirma «que la carta IX de la edición del P. Silverio, va dirigida a Cristóbal Rodríguez de Moya y trata de la fundación luego frustrada en Segura de la Sierra...».

Resuelto ya que serían los jesuitas los beneficiarios de la fundación, para ultimar los detalles concernientes a ella, se reunieron en una finca propiedad de un tal Pedro Godínez, a mitad de camino entre Segura y Beas, Rodríguez de Moya y el famoso arquitecto padre Bustamante, al que aquél ofreció toda su fortuna para el Colegio, eligiéndose entre los varios sitios ofrecidos, uno que era magnífico, con tres fuentes dentro de su recinto. «Entonces, Bustamante dijo astutamente a Cristóbal Rodríguez que considerando que el pueblo, sólo tenía quinientos vecinos, no le parecía aquél sitio para fundar un colegio, pero que quedaba otra solución por intentar». Estas palabras conturbaron el ánimo de Rodríguez de Moya, que no se serenó sino al escuchar de su hábil interlocutor, que si el Colegio no era posible quedaba la solución de un Noviciado para sesenta o setenta personas, si bien «aquello le parecía un sueño, ya que exigiría una renta anual de mil quinientos a dos mil ducados». Tranquilizose Rodríguez de Moya al oír ésto, manifestando que el dinero no sería dificultad, y ofreció en el acto mil quinientos ducados, con lo que todo quedó allanado y se firmó la escritura. Por su parte, don Gómez Suárez de Figueroa, duque de Feria, Comendador de Segura, en carta dirigida a San Francisco de Borja, general de la Compañía, ofreció toda la madera necesaria para la construcción.

Así las cosas, Bustamante se instaló en Segura aguardando la resolución del padre general para iniciar los trabajos. Pero éstos hubieron de demorarse a causa de un incidente suscitado por el Síndico del Municipio, que aun habiendo estado presente cuando fue concedido el terreno a la Compañía, cabió de parecer, suscitando toda clase de inconvenientes, por lo que Bustamante, que llevaba seis meses esperando en Segura, se marchó malhumorado. De ello, daba cuenta el padre Manuel López, provincial de Toledo, al duque de Gandía, en los siguientes términos: «Esto, no pudo esperar el buen viejo P. Bustamante, que está harto de Segura, que es tierra de frontera y bien necesitada de doctrina y que no querían ver que les reprehendiese sus costumbres...» Por su parte, Bustamante, en carta datada el 25 de mayo de 1570, última que escribió en su vida, informaba al Padre general, de las dilaciones e incidencias que habían entorpecido su labor, y así el Concejo, incumpliendo su promesa de ayuda, gestionó que el Consejo de Ordenes no aprobara la fundación «no porque no desease la mayor parte del pueblo a la Compañía, sino por parecerles que se obligarían a mucho con encargarse de hacer la casa y alhajarla y fabricar y ornamentar la Iglesia, que les parecía no poderse hacer ésto con 15 mill zucados...»

Empero, no dejaba de encarecer la importancia de la fundación, en la que tantos trabajos y afanes había puesto, por lo que añadía, «... esta fundación de Segura es de gran qüantidad y que puede ayudar mucho al descargo de la probincia...» Traslucía ésto, el propósito de Bustamante de volver a Segura, suponiéndose que ya tenía preparado un esbozo de lo que habría de ser la edificación, propósito que frustró su muerte, acaecida al poco tiempo de haberse ausentado de Segura.

Al fin, recibidas las autorizaciones de San Francisco de Borja y del Consejo de Ordenes, entraron los jesuitas en Segura, en agosto de 1570, instalándose provisionalmente en una casa alquilada, en la que se habilitó una capilla, en tanto se levantaba la proyectada edificación, perturbada también por tantas indecisiones y obstáculos que la fundación se habría frustrado de no ser por la firme y decidida voluntad de Cristóbal de Moya, quien antes de morir en 1575 hizo jurar a su única hija superviviente, Francisca de Avilés, que jamás consentiría que el Colegio se trasladase a otra parte.

Ante la firme voluntad de los fundadores se encomendó al hermano albañil Juan García, la traza del edificio, colocándose la primera piedra a fines de 1581, mas el proyecto fue revisado por el arquitecto italiano Juan Bautista Prioli, que dirigía las obras del palacio de don Alvaro de Bazán, en el Viso del Marqués, que calculó el presupuesto en seis u ocho mil ducados y se encargó definitivamente de la construcción, para lo que el Concejo dio dos mil pinos y en las que se invirtieron cinco mil carretadas de piedra, y, en catorce carretadas de bueyes, propiedad del colegio, se trasportó toda la arena «que es tan buena como la porcellana de esta ciudad» y el ladrillo y la teja necesarios.

No termina con esto la accidentada historia de la fundación, sino que ni el antiguo emplazamiento de las Carnicerías, ni en la Puerta Nueva, donde había mandado el Consejo de Ordenes que se construyera el colegio, se encontraba firme para la cimentación, contratiempo que estuvo a punto de dar al traste con la fundación; y, por fin, venciendo la resistencia de Francisca de Avilés, se arbitró que el grueso de la renta pasaría al empobrecido colegio de Caravaca, si bien, algunos jesuitas permanecerían en Segura, en las condiciones que la fundadora determinase.

Se firmó la escritura definitiva en 16 de marzo de 1584, y a esto quedó reducido aquel primitivo proyecto de Noviciado para sesenta o setenta personas y escuela de niños con clases de gramática y matemáticas. «Hay aquí como doce sujetos y no más, porque se ahorran cada año dos mill ducados para el edificio». Así consta en un informe firmado por el padre Juan García, rector del colegio a la sazón, suscrito en 10 de marzo de 1582.

Entre las condiciones de la referida escritura de avenencia, se estableció, que renunciándose a construir el edificio en el sitio señalado, que se adecentase lo mejor posible la casa en la que los padres tenían su residencia provisional, y sustituir la capilla por una iglesia completamente nueva, cuya traza se encomendó, como queda dicho, a Juan Bautista Prioli, arquitecto del marqués de Santa Cruz.

«La segunda condición —convenida por la fundadora— que en esta villa de Segura, para satisfacer la voluntad de mi señor padre

y el bien de dicho pueblo, aya perpetuamente una havitación por lo menos de seys religiosos de la Compañía...»

Resueltas ya definitivamente todas las incidencias, contradicciones y obstáculos, se emprendió seguidamente la construcción del nuevo templo junto «a la iglesia mayor desta villa» y con dos puertas, «una, que viene muy cerca de donde pasa la plaza del pueblo, y con la otra sale a una calle muy principal; está incorporada con nuestro Colegio y quedará lo que es agora yglesia para habitación de verano».

La construcción duró diez años, costó cuatro mil ducados, y al fin, el 25 de marzo de 1593, viviendo aún Francisca de Avilés, hija del fundador Rodríguez de Moya, «passose el Santísimo Sacramento con gran solemnidad. Además del Padre Francisco de Porres, provincial, acudieron a esta fiesta curas y clérigos de lugares cercanos de la comarca, con las cruces y pendones de sus Iglesias y algunos padres franciscanos del Monasterio de Nuestra Señora de la Peña. Hízose una muy solemne procesión desde la Iglesia Mayor por las calles del pueblo, las cuales estaban muy bien aderezadas. Traía el Santísimo Sacramento el Padre Provincial. Nuestra Iglesia estava muy bien colgada y llena de muchos e ingeniosos papeles de todas poesías a propósito de la fiesta. Fué aquél un día de grande regocijo para toda esta villa y más en particular para nuestra fundadora, que le tenía muy deseado».

Años después, en 1603, se colocaron dos altares laterales, presididos, uno, por un bellissimo cuadro de la Virgen, traído de Roma por la fundadora, y otro, de San Ignacio de Loyola, atribuído a Sánchez Coello.

Después, apenas si se sabe nada. El señor Rodríguez Gutiérrez no pudo visitar el pueblo para comprobar lo que resta del Colegio e iglesia y su valor artístico, y bien puede pensarse que, de haberlo hecho, tampoco habría conseguido grandes resultados, pues las pocas huellas que quedan no pueden ser más escasas y confusas. Quedan las ruinas de la que allí llaman la «iglesia vieja», de traza renacentista, con un carcomido escudo de España, y contigua a estas ruinas, una casa de vecindad con otro escudo análogo. Este edificio, por su amplitud y su estructura inferior, que en Segura se conoce con el nombre de «El Celemín», pudo ser la residencia primitiva, pero también pudo serlo

la casa de don Gerardo Morales, de más noble construcción, unida, por un arco de cantería, con aquellas edificaciones. ¿Pudo ser el actual Ayuntamiento? Este tiene una fachada renacentista de sillería, con un escudo noviliario y el anagrama de J. H. S. Pero está junto a la Puerta Nueva, y ya hemos visto que, por no encontrarse terreno firme, se abandonó este solar. Nos inclinamos más a localizar la residencia en la que hoy lo es del señor Morales, de más noble construcción y con el arco de acceso hacia la «iglesia vieja». Mas, ¿cuál es la iglesia vieja? Esta sólo cuenta con una puerta flanqueada por dos columnas y que no da a una «calle principal», y los documentos dicen que «la Iglesia sale con una puerta que viene muy cerca de donde está la plaza del pueblo, y con la otra sale a una calle muy principal», aclarándose también que está incorporada al colegio. La actual iglesia parroquial sí que tiene dos puertas y está cerca de la plaza y de una calle principal, pero ésta fue edificada en 1815 por el infante don Francisco de Paula Antonio, último Comendador de la villa, y no es contigua al colegio sino a la iglesia vieja. Podría suceder que lo que realmente hizo el infante fuera reedificar el templo jesuítico, pero no parece probable la hipótesis, porque la traza de lo que resta de la antigua iglesia hace pensar que se erigiera en el siglo XVI. Incógnitas son estas, difíciles de despejar, y, en síntesis, lo único cierto es:

Que Cristóbal Rodríguez de Moya, rico ganadero de Segura y familiar del Santo Oficio, en 1569, tras de haber estado en comunicación con Santa Teresa y con la Compañía de Jesús, para erigir una fundación «en atención al bien espiritual de sus personas», se decidió a favor de los jesuitas, entablado al efecto las oportunas negociaciones con éstos, representados por el famoso padre Bartolomé de Bustamante. El fundador garantizó de momento mil quinientos ducados de renta y el acuerdo quedó concertado. El padre Bustamante visitó el lugar donde habría de edificarse, y a ello hace referencia la carta en la que Rodríguez de Moya decía al padre general, «...a bisto por bista de ojo el sitio donde se a de fundar la casa, porque la misericordia de Dios traxo acaso por este pueblo; pienso que esté satisfecho de la comarca, ende la sanidad de la tierra y la gran necesidad que en ella ay de doctrina.»

No obstante, Bustamante, con astucia, sugirió que un colegio en un lugar de quinientos vecinos no estaba indicado, pero sí un noviciado

para sesenta o setenta plazas, si bien esto sería irrealizable, porque ello exigiría una renta anual de mil quinientos a dos mil ducados, a lo que en el acto se obligó el generoso y piadoso segureño.

Tras muchas dificultades y dilaciones y varios cambios de emplazamiento, muertos ya Rodríguez de Moya y el P. Bustamante, el proyecto quedó reducido a una pequeña residencia en la misma casa donde estaba provisionalmente situada y a un templo de nueva construcción bajo la dirección del arquitecto italiano Prioli.

El grueso de la renta fundacional se transfirió al ya desaparecido colegio de Caravaca.

Estas rentas debieron ser muy cuantiosas, pues al decretarse la expulsión por Carlos III, hasta cuyo momento permanecieron en Segura los jesuitas, sus bienes fueron enajenados y la importancia de ellos se deduce de las escrituras de enajenación, algunas de las cuales obran en poder de quien suscribe estas líneas. Algún día (D. M), nos ocuparemos de ellas.

Y ponemos punto final, volviendo sobre el lugar de emplazamiento de la fundación, apenas reconocible más que por las conjeturas que quedan hechas. Segura fue totalmente arrasada e incendiada por los invasores franceses y sobre sus ruinas se edificó la actual iglesia parroquial, sin poderse asegurar si ello fue sobre los escombros del colegio, contiguos a la «iglesia vieja», o ésta es, como nosotros pensamos, lo que queda del templo construído por Juan Bautista Prioli.